

VICTOR KLEMPERER

Quiero dar testimonio
hasta el final

Diarios 1933-1945

Selección y prólogo
de Almut Giesecke

Traducción de
Carmen Gauger

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original:
Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten 1933-1945
Traducción del alemán: Carmen Gauger

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2022

© Aufbau-Verlagsgruppe GmbH 2007, por la selección y comentarios.
Selección y prólogo de Almuy Giesecke.
© Aufbau Verlagsgruppe GmbH, Berlín 1995, publicado con Aufbau-Verlag;
«Aufbau» es una marca registrada de Aufbau Verlagsgruppe GmbH para el texto
base de la selección Victor Klemperer: *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten.*
Tagebücher 1933-1945, editado por Walter Nowojski, en cooperación con Hadwig
Klemperer, con un prólogo de Walter Nowojski. Dos volúmenes, 11.ª edición
(recientemente revisada), Aufbau Verlag, Berlín 1999
Negociado por Aufbau Media GmbH
© por la traducción: Carmen Gauger, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal:
ISBN: 978-84-18807-88-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nota sobre esta edición

La presente selección se ha hecho sobre la base de los diarios de Victor Klemperer¹ editados por Walter Nowojski con la colaboración de Hadwig Klemperer. Los diarios originales, en su mayor parte manuscritos, se encuentran en los archivos de la Biblioteca Regional Sajona (Landesbibliothek) de Dresde. El material abarca en su conjunto unas cinco mil páginas.

Esta edición abreviada adopta las supresiones de la primera edición de los diarios en dos volúmenes que se refieren en especial a algunas notas extensas sobre lecturas, películas y extractos de la prensa diaria y semanal de la época, así como a pasajes repetitivos. En este sentido se ha continuado con el acortamiento de textos para la presente selección. Sobre todo se ha prescindido de la extensa descripción del trabajo científico de Klemperer, sus lecturas y análisis literarios. La selección se concentra en los textos que se refieren a la vida diaria.

Ninguna de las supresiones, tanto las que se han adoptado de la edición en dos volúmenes, como las nuevas que se deben a las características de esta selección, aparece marcada en el texto. El aparato de notas, en su mayor parte adoptado de la edición alemana, ha sido revisado y completado para el lector español por la reconocida traductora Carmen Gauger.

1. Publicados en castellano en dos volúmenes bajo el título de *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios 1933-1941* y *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios 1942-1945*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2003-2004.

Introducción

Las páginas que Victor Klemperer escribió bajo constante peligro de muerte en el infierno de un régimen de terror son una obra excepcional. Maestría lingüística y agudísimas dotes de observación hacen de estos diarios un documento impresionante y único que muestra sin paliativos el día a día de la persecución de los judíos en una gran urbe alemana.

Personalmente, Klemperer tenía muchas dudas sobre el valor de sus apuntes. No obstante, continuó con ellos. No sólo porque llevaba un diario desde los diecisiete años, y ese hábito se había convertido para él en un ritual fijo. Desde 1933 tenía otros motivos: quería ser el historiador de la catástrofe. «Quiero dar testimonio, y testimonio exacto.» Observar, anotar, estudiar para el tiempo venidero: ése era el deber que se había impuesto como cronista. Lo cumplió, aunque el descubrimiento de esos diarios habría significado una muerte segura: para él, para Eva, su mujer, para Annemarie Köhler, la amiga médico que vivía en Pirna y escondía allí los manuscritos, para todas las personas sobre las que escribía. No podía ni quería tomar medidas de precaución para con los demás, por lo mismo que no las tomaba para sí mismo. Tal era el precio de su trabajo de cronista, que exigía autenticidad.

El antisemitismo no era algo nuevo para él, pues a lo largo de su vida había tenido contacto con él. Nacido en el año 1881 en Landsberg an der Warthe (en la actual Polonia), su padre era rabino. La familia se trasladó con los ocho hijos –Victor era el menor– a Berlín. El padre fue allí Segundo Predicador de la Comunidad Reformada de Berlín, y Klemperer lo describe como una persona tolerante y liberal. Victor cursó estudios secundarios, los interrumpió para trabajar como aprendiz de comercio, retornó al instituto, terminó el bachillerato y estudió Filología Germánica y Románica. Pero como

entretanto había descubierto que le gustaba escribir, dejó la universidad y trató de vivir como ensayista y escritor. Buscó su camino, con todas las consecuencias. Parte de ese camino consistió en su conversión al protestantismo, primero presionado por sus hermanos, que se preocupaban de su ascenso en la escala social, pero después, seis años más tarde, por consiente decisión propia. Klemperer no veía tal conversión como asunto de fe, sino como profesión de germanidad. Conceptos como «nacional» y «patriótico» eran valores fundamentales de su visión del mundo.

La pianista Eva Schlemmer y Victor Klemperer se casaron en 1906, y en 1912 se trasladaron a Múnich. Cuando Klemperer reanudó allí los estudios universitarios, había visto ya con claridad que su futuro campo de trabajo sería la literatura. Vino después la tesis doctoral, la tesis de habilitación, un estudio en dos volúmenes sobre Montesquieu, un puesto de docente en la Universidad de Nápoles. Estalló luego la Primera Guerra Mundial, saludada en un principio con entusiasmo por Klemperer, como por muchos otros intelectuales que creían en la misión cultural de Alemania. Desilusionado y lleno de escepticismo ante el futuro, regresó, con ayuda de un sello oficial falsificado, primero a Leipzig y después a Múnich. Su más ardiente deseo: ser catedrático de una universidad alemana. En 1920 le fue asignada la cátedra de Filología Románica para estudiantes de Magisterio, no en una universidad, sino en la Escuela Superior Técnica. Junto a los deberes de su cátedra, Klemperer trabajaba incansablemente: daba conferencias, escribía ensayos, entre otros un estudio sobre Corneille, tratados histórico-literarios e historias de la literatura francesa. Se le consideraba un romanista de renombre, aunque no todos compartían sus posiciones histórico-literarias. A pesar de haberse acreditado en tantas ocasiones por sus méritos científicos, nunca le fue ofrecida una cátedra universitaria, lo que Klemperer comenta con sarcasmo en su diario de 1926: «Hay universidades reaccionarias y liberales. Las reaccionarias no contratan a judíos; las liberales ya tienen dos o tres judíos y no contratan a ninguno más». Con creciente angustia ante el futuro, registraba cómo iba tomando consisten-

cia el antisemitismo a partir de la posguerra. Se percató de ello durante sus vacaciones en la costa báltica, cuando rechazaban su presencia en baños «limpios de judíos» o cuando más y más estudiantes llevaban la cruz gamada. Lleno de preocupación se preguntaba: «¿Y qué va a ser de mí, del profesor judío?».

A partir de 1933, los diarios informan a ese respecto. Y lo que dicen es mucho más horrible de lo que Klemperer, a pesar de sus agudos análisis, habría podido prever. Para sus ideas nacional-conservadoras era inimaginable lo que se consumó con la toma de poder de Hitler. Arraigado en el espíritu de la Ilustración francesa, aún creía en la razón. Su situación de «excombatiente de la Primera Guerra Mundial» le garantizó de momento la cátedra, pero poco a poco fue puesto fuera de juego. Desaparecieron las posibilidades de publicar, sus clases universitarias quedaron eliminadas del programa, los primeros colegas y amigos judíos emigraron. Finalmente, en 1935, fue apartado de toda actividad docente y obligado a aceptar la jubilación. Sin perspectivas de publicar, Klemperer siguió trabajando incansablemente en su *Historia de la literatura francesa del siglo XVIII*, cuyo segundo volumen había casi terminado cuando le fue vedado el acceso a la biblioteca. Aquello supuso el final de su trabajo científico. Klemperer puso entonces en práctica una idea sobre la que llevaba reflexionando largo tiempo: empezó a escribir su autobiografía, *Curriculum vitae*. Utilizó para ello sus diarios más antiguos, que después destruyó en gran parte. Pese al empeoramiento de las circunstancias vitales, siguió trabajando en esa obra hasta febrero de 1942, fecha en que ya resultó extremadamente peligroso continuar con ella. (Klemperer no reanudó nunca ese trabajo; en 1989, Walter Nowojski publicó en edición póstuma la autobiografía –*Curriculum vitae*– en dos volúmenes.)

En 1940, los Klemperer fueron expulsados de su casa de Dölzchen, que habían construido con enorme esfuerzo seis años antes. A partir de entonces tuvieron que vivir en casas llamadas «de judíos», *Judenhäuser*, en un espacio reducidísimo y junto con otras familias, de las que a menudo un cónyuge no era judío. Eva Klemperer se encontró ante el mismo dilema de todos los que vivían en «matrimonio mixto»: di-

vorciarse del cónyuge judío o compartir el sino de la discriminación. Los diarios de Klemperer no reflejan ningún instante de vacilación en su esposa; Eva se quedó con él y le salvó así de la deportación. Para Klemperer, esa prueba de amor practicada con tanta naturalidad era un consuelo, pero también una presión psíquica cuando veía lo que su mujer tenía que soportar con su frágil salud. Bajo esa carga extrema, a Eva Klemperer parecían haberle aumentado las fuerzas. Ella era quien llevaba los manuscritos –los diarios y partes del *Curriculum*– a Pirne, a casa de Annemarie; ella era quien iba y venía por la ciudad buscando laboriosamente algo de comer, quien renunció por propia voluntad a su habitual vida social. También era ella quien sacaba libros de bibliotecas de préstamo, porque Klemperer ya no podía utilizarlas. Él extractaba lo leído, hacía análisis y anotaciones. Y leía a su mujer en voz alta, como ya lo había hecho antes, cuando ella no estaba bien de salud. Ambos preferían leer cosas ligeras, para distraerse, pero por lo demás, el programa de lectura que aparece en los diarios presenta un amplio espectro.

«Marcharse o quedarse» era la pregunta constante que se plantearon una y otra vez los Klemperer. Quienes preparaban la salida de Alemania hablaban de las vejaciones, de las interminables dificultades y de los chantajes económicos a que se veían sometidos. Las familias de los hermanos de Klemperer, su hermano mayor, Georg, y muchos de sus amigos y antiguos colegas fueron abandonando el país. Él estaba cada vez más solo. Sus intentos de encontrar un puesto de trabajo en el extranjero no tuvieron éxito. Pero él no podía concebir una vida sin trabajo. Finalmente, con ayuda de su sobrino, solicitó un visado para Estados Unidos, y el 6 de marzo de 1939, Eva y Victor Klemperer recibieron en el consulado general estadounidense de Berlín los números 56.429 y 56.430 de la lista de espera. Pero nunca se llegó a esos números: en agosto de 1941 dejaron de tramitarse solicitudes de emigración a Estados Unidos.

Durante mucho tiempo, Klemperer consideró esa salida de Alemania como una traición al país con cuya cultura se identificaba. «Tal vez –opinaba– lo nuestro no sea *marchar-*

nos sino esperar: yo soy alemán y espero que vuelvan los alemanes; éstos han desaparecido en algún sitio.» Que la ideología del nacionalsocialismo lo marginase y le negase su condición de alemán era para él un hecho monstruoso contra el cual se defendía: «Ahora estoy librando el más duro combate por mi germanidad. Tengo que perseverar en esto: yo soy alemán, los otros no son alemanes. Tengo que perseverar en esto: el espíritu es lo determinante, no la sangre». Sus reflexiones giraban una y otra vez en torno a este tema, sin embargo sus ideas sobre el patriotismo y el nacionalismo «se habían vuelto inestables, como los dientes de un viejo». Había que aniquilar a Hitler, pero no a Alemania. Eso es lo que esperaba Klemperer de una guerra que le parecía inevitable. Pero se preguntaba si él llegaría a vivirlo, si él y los otros judíos de Dresde no serían enviados antes a la muerte.

«Sigo viviendo de un modo fatalista», anotaba a veces Klemperer sarcásticamente, y, dado el creciente empeoramiento de su situación, se prohibió a sí mismo pensar en el día siguiente. «Hurra, estoy vivo» era su divisa programática. Casi a diario aumentaban el despotismo y la violencia con los judíos. La «Ley para la protección de la sangre alemana y del honor alemán», las llamadas Leyes de Núremberg, ofrecían desde 1935 el camino legal para ello. Las discriminaciones continuaban: en 1942, Klemperer contó treinta y una prohibiciones en un solo año, entre otras, las que privaban del derecho a entrar en determinadas calles y parques, a viajar en autobús, tranvía, bicicleta, a tener animales domésticos, a comprar tabaco, helados o flores; y a eso venían a añadirse continuamente nuevas restricciones en los alimentos más necesarios. Los Klemperer se vieron privados del cine, al que eran tan aficionados, de las excursiones en coche, su último fragmento de libertad; nada quedó de la vida anterior. Tener que llevar la estrella judía y un nombre propio judío añadido al suyo fue para él la más honda humillación. Con ese estigma, estaba a merced de los desmanes de la Gestapo, de las injurias en la vía pública. Pero la vivienda tampoco ofrecía seguridad, en todo momento había que contar con los temidos registros domiciliarios, en los que los últimos víveres eran ro-

bados o destruidos, y los habitantes golpeados y maltratados con la mayor brutalidad. Klemperer teme sobre todo por sus diarios y manuscritos, razón suficiente para sacarlos de su casa. En las *Judenhäuser*, en un reducidísimo espacio, ocurrían desgarradoras tragedias: detenciones, suicidios, deportaciones. Klemperer hubo de despedirse de muchas personas con las que había llegado a intimar y a las que, como bien sabía, nunca volvería a ver.

La guerra no trajo la ansiada liberación; contra todas las especulaciones, los años terribles se sucedían uno tras otro, y Hitler parecía invencible. Klemperer fue forzado a trabajar, lo que le llevó al límite de sus fuerzas físicas, pero también le hizo caer en la más honda desesperación por aquel tiempo tan improductivo para él: empaquetando y pesando té, cortando y plegando cartonajes. Pero en ese trabajo también pudo reunir material para su diario. «Vox populi», la voz del pueblo, es el nombre que daba a las opiniones sobre la situación política y sobre la guerra, que él oía y luego escribía. Todo lo consideraba importante: chistes, rumores, comentarios. Como no tenía acceso a ninguna información, ésa era su manera de enterarse de cómo estaba el ambiente en el país. Y de un modo casi sismográfico, Klemperer registraba indicios lingüísticos al servicio de la ideología nacionalsocialista. «LTI» –*Lingua Tertii Imperii*–, la lengua del Tercer Reich: así lo llamaba. Examinaba lo que ese lenguaje escondía, dónde mentía o dónde, de modo involuntario, decía la verdad. Ese núcleo era justamente lo que interesaba a Klemperer. «El lenguaje lo saca a la luz»: tal era su postulado. Analizaba sistemáticamente los discursos de Hitler y de Goebbels que se transmitían públicamente, los periódicos que le traían vecinos y amigos, partes de guerra, esquelas mortuorias, consignas del partido. Con la tenacidad que le era propia continuó practicando esa disección del lenguaje hasta el final del régimen nacionalsocialista. Las agudas observaciones que contienen los diarios formaron más tarde la base de su célebre libro *LTI*, que apareció en 1947 en la editorial Aufbau.

Eva y Victor Klemperer salieron indemnes de la destrucción de Dresde, llevada a cabo por bombarderos ingleses y

norteamericanos el 13 de febrero de 1945. Aquella noche, Eva Klemperer arrancó la estrella judía del abrigo de su marido: éste, por primera vez desde hacía cuatro años y medio, se encontró en plena calle sin estrella. Pero el peligro de que se descubriera su identidad judía seguía existiendo. Extenuados y angustiados, los Klemperer, el «matrimonio ario Klempeter», huyeron desde Dresde hasta la aldea bávara de Unterbernbach. Allí vivieron el final de la guerra, algo que no quisieron creer hasta que, tras seis años de oscurecimiento obligatorio, se iluminaron las ventanas de la aldea. Ahora podían regresar a Dresde: de nuevo largas marchas de muchos kilómetros, hambre y extenuación. Luego, el 10 de junio: «Un cambio de cuento de hadas».

A partir de ahí comenzó para los Klemperer una vida totalmente distinta. Él se zambulló al punto en el trabajo, desempeñó cátedras en las universidades de Greifswald, Halle y Berlín, tuvo fama y honra. En los diarios de ese tiempo fijó con extremada precisión los acontecimientos políticos en la Alemania dividida y reflexionó sobre su propia posición: su dilema interior y sus crecientes dudas sobre el valor del propio compromiso.

Ya a las pocas semanas de su regreso y de nuevo en posesión de los diarios de la época nazi, Klemperer empezó a examinar la posibilidad de publicar el diario y los estudios sobre *LTI*. Determinó finalmente no publicar el diario: «Es desproporcionado, contiene acusaciones contra los judíos, sería incompatible con la opinión imperante hoy en día, también sería indiscreto». Y así quedó. Tras la muerte de Klemperer, su segunda mujer, Hadwig Klemperer, entregó los manuscritos a la Biblioteca Regional Sajona de Dresde. Desde su publicación en 1995, editados por Walter Nowojwski con la colaboración de Hadwig Klemperer, ocupan un lugar preeminente en el conjunto de los más importantes testimonios de la historia y la cultura alemanas.

DIARIOS

1933

10 de marzo, viernes noche

30 de enero: Hitler, canciller. Lo que llamé terror antes del domingo de las elecciones (5 de marzo) fue suave prelude. Ahora se repite hasta en el menor detalle lo de 1918, pero bajo un signo diferente, el de la cruz gamada. Otra vez es asombroso con qué indefensión se derrumba todo. ¿Dónde está Baviera? ¿Dónde está la Bandera del Reich, etcétera? Ocho días antes de las elecciones, la burda historia del incendio del Reichstag: no puedo imaginarme que alguien crea *realmente* en la autoría de un comunista y no en un trabajo pagado por la H . Después, esas furiosas prohibiciones, esas tropelías. Y además, en las calles, por la radio, etc., una propaganda sin límites. El sábado 4 oí un fragmento del discurso que pronunció Hitler en Königsberg. Un hotel al lado de la estación, con la fachada iluminada, enfrente desfile de antorchas, en los balcones gente con antorchas y con banderas con la cruz gamada, altavoces. Sólo entendí palabras sueltas. ¡Pero qué tono! Los patéticos bramidos, realmente bramidos, de un predicador. – El domingo voté a los demócratas, Eva al *Zentrum*. Por la noche, hacia las nueve, con los Blumenfeld en casa de los Dember. Por broma, porque tenía puesta mi esperanza en Baviera, me había puesto en la solapa la Cruz del Mérito de Baviera. Y luego, esa ingente victoria electoral de los nacionalsocialistas. El doble de votos en Baviera. Una y otra vez, el himno de Horst Wessel. – Protesta indignada: los judíos de bien no tienen nada que temer. Acto seguido, prohibición de la Unión central de los ciudadanos judíos de Turingia, por haber criticado «talmúdicamente» y denigrado al gobierno. Desde entonces, día tras día, delegados del gobier-

no central; gobiernos pisoteados, banderas con 卍 izadas, casas ocupadas, gente muerta a tiros, prohibiciones (hoy por primera vez, incluso el moderadísimo diario *Berliner Tageblatt*), etc., etc. Ayer, «por orden del Partido Nacionalsozialista» –ni siquiera nominalmente dicen ya «por orden del gobierno»–, han destituido de su puesto al dramaturgo Karl Wolff, hoy al ministerio sajón en pleno, etc., etc. Perfecta revolución y perfecta dictadura del Partido. Y toda la oposición como si se la hubiera tragado la tierra. Ese absoluto hundimiento de un poder que existía hace sólo un instante, no: su completa extinción (exactamente igual que en 1918) es lo que me deja tan impresionado. *Que sais-je?* – El lunes por la noche, de visita en casa de la señora Schaps, junto con los Gerstle. Nadie se atreve ya a decir nada, todos tienen miedo. Sólo de modo muy confidencial dijo Gerstle: «El que incendió el Reichstag no llevaba más que un pantalón y el carnet del Partido Comunista y está demostrado que vivía en casa de un nacionalsocialista». Gerstle iba con muletas; se ha roto una pierna esquiando en los Alpes. Su mujer conducía, hicimos en su coche un trecho del camino de regreso.

¿Cuánto tiempo conservaré la cátedra?

17 de marzo, viernes mañana

La derrota de 1918 no me deprimió tan profundamente como la situación actual. Es impresionante cómo día tras día, sin el menor rebozo, salen en calidad de decretos la pura fuerza bruta, la violación de la ley, la más repugnante hipocresía, la más brutal bajeza de espíritu. Los periódicos socialistas tienen prohibición permanente. Los «liberales» están temblorosos. Hace poco estuvo prohibido dos días el *Berliner Tageblatt*; al *Dresdner NN* no puede ocurrirle eso, es totalmente adicto al gobierno, publica versos a «la vieja bandera», etc.

Noticias sueltas: «Por orden del canciller del Reich han sido puestas en libertad las cinco personas que el tribunal especial de Beuthen había condenado por el homicidio de un insurgente comunista polaco». (¡Condenado a muerte!) – El co-

misario de justicia de Sajonia ha dispuesto que sea retirado de las bibliotecas de las prisiones el veneno corrosivo de los escritos marxistas y pacifistas, que el régimen penitenciario vuelva a producir un efecto de castigo, de corrección y de venganza, que se rescindan los contratos a largo plazo de impresos tipográficos con la empresa Kaden, que también imprimía el *Volkszeitung*, etc., etc. – Con tropas de ocupación francesas formadas por soldados negros viviríamos más en un Estado de derecho que bajo este gobierno. Hay una novelita de Ricarda Huch en la que un hombre piadoso persigue a un pecador y espera que caiga sobre éste el castigo de Dios. Espera en vano. A veces pienso que a mí me va a pasar como a ese hombre piadoso. No es, de verdad, una frase huera: no puedo liberarme de esta sensación de asco y de vergüenza. Y nadie hace ni dice nada; todo el mundo tiembla y repta.

Thieme habló, con gozoso agradecimiento, de una «expedición de castigo» de las SA en la fábrica Sachsenwerk contra «unos comunistas de Ockrilla demasiado insolentes»: aceite de ricino y carrera de baquetas con porras de goma. Cuando los italianos hacen algo así: claro, analfabetos, infantilismo, brutalidad meridional... ¡Pero alemanes! Thieme hablaba entusiasmado del recio socialismo de los nazis, me enseñó un llamamiento para votar el comité de empresa de la Sachsenwerk. Al día siguiente, la votación había sido prohibida por el comisario Killinger.

En el fondo, es una imprudencia terrible escribir todo esto en mi diario.

30 de marzo, jueves

Ayer, junto con los Dember, en casa de los Blumenfeld. El ambiente, como ante un pogromo de la más tenebrosa Edad Media o de la más profunda Rusia de los zares. Ese día se había publicado el llamamiento de los nacionalsocialistas al boicot. Somos rehenes. Predomina la sensación (sobre todo porque el levantamiento del Stahlhelm en Brunswick era fingido y enseguida lo disfrazaron) de que este régimen de terror

no durará mucho pero nos enterrará a nosotros al derrumbarse. Fantástica Edad Media: «nosotros»: el acosado pueblo judío. En el fondo, siento más vergüenza que miedo, vergüenza por Alemania. Yo, realmente, siempre me he sentido alemán. Y siempre he pensado que el siglo xx y Europa central es otra cosa que el siglo xiv y Rumanía. Me equivocaba. – Dember ha descrito las consecuencias económicas: la bolsa, repercusión en la industria de los cristianos: y todo eso lo pagaremos «nosotros» con nuestra sangre. La señora Dember ha contado un caso que ha llegado a sus oídos de malos tratos a un prisionero comunista: tortura con aceite de ricino, palizas, miedo, intento de suicidio. La señora Blumenfeld me dijo al oído que el segundo hijo del doctor Salzburg, estudiante de medicina, estaba detenido; que habían encontrado cartas suyas en casa de un comunista. Nos separamos (después de comer mucho y bien) como si nos despidiéramos para ir al frente.

Ayer, siniestra declaración *pro domo* del *Dresdner NN*: que el 92,5 % de su capital es ario; que el señor Wollf, propietario del restante 7,5 %, renuncia a su cargo de redactor en jefe; que un redactor judío ha sido despedido (¡pobre Fantl!), que los otros diez son arios. ¡Espantoso! – En una juguetería, una pelota de niño con la cruz gamada.

31 de marzo, viernes noche

La situación, cada vez más desoladora. Mañana empieza el boicot. Carteles amarillos, puestos de guardia. Obligación de pagar a los empleados cristianos dos mensualidades, y de despedir a los empleados judíos. La estremecedora carta de los judíos al presidente del Reich y al gobierno, sin respuesta. Se asesina fríamente o «con efecto retardado». No se «toca un pelo a nadie»: solamente los dejan morir de hambre. Si yo no maltrato a mis gatos, solamente no les doy de comer, ¿soy un atormentador de animales? – Nadie se atreve a nada. El estudiantado de Dresde declara hoy: cerramos filas detrás de... y es contra el honor de los estudiantes alemanes tener contacto

con judíos. Se les ha prohibido entrar en la Casa del Estudiante. ¡Con cuánto dinero judío se construyó hace pocos años ese edificio!

En Münster ya hay docentes judíos a los que se les ha impedido entrar en la universidad.

El llamamiento y las consignas del comité del boicot determinan que «la religión es indiferente», sólo importa la raza; y si los dueños de una tienda son el marido judío y la mujer cristiana, o al revés, esa tienda se considera judía.

Ayer tarde, en casa de Gusti Wieghardt. Abatimiento total. Por la noche, hacia las tres –Eva insomne–, Eva me aconsejó rescindir hoy el contrato de alquiler del piso, para así alquilar tal vez sólo una parte. Hoy lo he hecho. El porvenir es perfectamente incierto. Hoy le he dado a Prätorius el encargo de cercar la parcela. Eso cuesta 625 marcos. Mis reservas son en total unos 1.100 marcos (con 2.000 marcos que le debo a Iduna). El horizonte está cerrado y todo carece de sentido.

El martes, en el nuevo cine Universum en la Prager Strasse. A mi lado un soldado de la Reichswehr, un niño aún, y su poco simpática acompañante. Fue la tarde anterior al anuncio del boicot. Conversación, mientras pasaban un anuncio de Alsberg. Él: «En el fondo no habría que comprar en la tienda judía». Ella: «¡Pero si es baratísimo!». Él: «Entonces es malo y de poca duración». Ella, pensándolo, muy objetiva y sin patetismo: «No, de verdad, es exactamente igual de bueno y de duradero, de verdad exactamente igual que en tiendas cristianas: ¡y cuánto más barato!». Él: silencio. – Cuando aparecieron Hitler, Hindenburg, etc., él aplaudió entusiasmado. Después, con la película totalmente americana, con música de jazz y a trechos de ambiente claramente judío, aplaudió con mayor entusiasmo aún.

3 de abril, lunes noche

El sábado, papeles rojos en las tiendas: «Empresa cristiana alemana reconocida». De vez en cuando, tiendas cerradas, delante, miembros de las SA con letreros triangulares: «Quien

compra donde el judío fomenta el boicot extranjero y destruye la economía alemana». – Masas de gente circulaban por la Prager Strasse, mirando. Era el boicot. «De momento sólo el sábado; después, pausa hasta el miércoles.» Los bancos están exceptuados del boicot. Los abogados y los médicos, no. Un día después, contraorden: porque había sido un éxito y Alemania es «magnánima». Pero en realidad, un viraje absurdo. Por lo visto, ha habido resistencia aquí y en el extranjero; y por lo visto, del otro lado, presión del militante de a pie nacionalsocialista. Tengo la impresión de que se va rápidamente a la catástrofe. Vendrá una explosión; pero *nosotros* tal vez la paguemos con la vida, nosotros, los judíos. Horrible el *pronunciamento* del estudiantado de Dresde, diciendo que es contra el honor de los estudiantes alemanes tener contacto con judíos. – No puedo trabajar con mi *Imagen de Francia*. Ya no creo en la psicología de los pueblos. Todo lo que yo consideraba no alemán: brutalidad, injusticia, hipocresía, sugestión de las masas hasta la embriaguez, todo eso es lo que prospera aquí.

10 de abril, lunes

Horrible sensación de «¡Hurra, estoy vivo!». La nueva «ley» del funcionariado me deja en la cátedra, por ser excombatiente; eso parece, al menos, y de manera provisional (por cierto, Dember y Blumenfeld también se han librado: eso parece, al menos). Pero por todas partes, acoso, desdicha, miedo y temblor. A un primo de Dember, médico en Berlín, lo sacaron de su consulta y, en camisa y en grave estado por las sevicias sufridas, lo llevaron al Hospital Humboldt, donde murió; a los cuarenta y cinco años. La señora Dember nos lo cuenta en voz baja y a puerta cerrada. Con sus palabras está propalando difamatorias «noticias de atrocidades», falsas todas ellas, evidentemente.

Ahora subimos muchas veces a la parcela. Nuestro terreno pronto tendrá una cerca, hemos encargado siete cerezos y diez groselleros. Me obligo con tanto entusiasmo a hacer como si

creyera en la construcción de la casa que, a la manera de Coué, acabo teniendo un poco de fe y consigo así afianzar el estado de ánimo de Eva. Pero eso no funciona siempre y Eva, que sufre terriblemente con la catástrofe política, está muy mal. (A veces, durante unos instantes, casi tengo la sensación de que este gran odio general la saca un poco de la obsesión de su sufrimiento personal, de que hay en ella momentos de una nueva voluntad de vivir. Hay algo ante lo que no quiere capitular y a lo que quiere sobrevivir.)

De mi familia no me llegan noticias, ni de los Meyerhof. Nadie se atreve a escribir. – Aparte de eso, no recibo correo de nadie, profesionalmente estoy fuera de juego.

Se es «ajeno a la raza» o judío si se tiene un 25 % de sangre judía, o sea si uno de los abuelos ha sido judío. Como en la España del siglo xv, pero en aquel entonces era cosa de la fe. Hoy es zoología y negocio.

20 de abril, jueves noche

¿Es la sugestión de la formidable propaganda: cine, radio, periódicos, banderas, fiestas y más fiestas (hoy fiesta popular, cumpleaños de Adolf, el Führer)? ¿O es el miedo por doquier, el temblor de los esclavos? Ahora casi estoy convencido de que no viviré el final de esta tiranía. Y ya casi me he habituado a esta situación de carencia de derechos. Ya no soy alemán y ario sino judío, y tengo que agradecerles que me dejen con vida. – Lo que manejan genialmente es la propaganda. Anteayer vimos (y oímos) en el cine cómo Hitler pasaba revista a sus tropas: ante él, la gran masa de las SA, delante de su tribuna la media docena de micrófonos que transmiten sus palabras a los 600.000 SA de todo el Tercer Reich: uno ve su omnipotencia e inclina el espinazo. Y continuamente el himno de Horst Wessel. Y todos agachan la cabeza.